

REFLEXIONES ACERCA DEL DUELO Y LA MELANCOLÍA A PARTIR DE LA IDENTIFICACIÓN / SOME THOUGHTS ABOUT MOURNING AND MELANCHOLIA THROUGH THE IDENTIFICATION

Juan Manuel Ferraro¹

Maestrando en Psicoanálisis. Universidad Nacional de Rosario (UNR).

jmsdferraro@hotmail.com

Resumen

Abordamos el duelo y la melancolía desde la óptica freudiana. Revisamos los criterios de lo uno y lo otro buscando sus denominadores diferenciales, pero la lectura nos sostiene en la interrogación más que proveernos de conclusiones. A lo que nos insta es a abandonar los intentos de distinciones, concluyendo que más interesante que ello sería el interrogar el proceso subyacente implicado en ambos casos a través del concepto de identificación.

Esto último nos llevará a abrir interrogantes que se dejan en suspenso: si el proceso identificatorio –consistente en una erección del objeto en el yo, y por tanto en una persistencia de éste y del lazo con él– está en juego como resultado tanto en el duelo como en la melancolía, ¿hasta qué punto podemos aseverar que se resigna un objeto por perdido? ¿Se resigna el objeto, o se resigna el sujeto a encarar el doliente proceso identificatorio?

Palabras clave: Duelo, Identificación, Melancolía, Psicoanálisis, Psiquiatría

Abstract

We offer an approach to mourning and melancholia through the freudian perspective. We review the criteria for the one and the another looking for their differential denominators, but our reading maintain us questioning instead of providing an answer to our interrogation. As a result, we abandon any attempt of distinction between mourning and melancholia, concluding that the most interesting movement would be to examine the underlying process involved in both cases through the concept of identification.

This leads us to open an interrogation that is left in suspense: if the identification process – consistent in an erection of the object in the ego, and therefore it's persistence and the bond with it too– is involved as a result in both, mourning and melancholia, up to what point can we assert that an object while mourning is given up for lost? Is the object resigned, or is the subject resigned to face the identification process?

Keywords: Identification, Melancholia, Mourning, Psychoanalysis, Psychiatry

¹ El presente escrito surge como desarrollo de la monografía entregada para el seminario sobre *La identificación*, dictado por los Dres. Luciano Lutereau y Pablo Muñoz en el marco de la Maestría en Psicoanálisis (UNR). Habiendo sido el autor asistente de dicho espacio, rinde agradecimiento a sus profesores por las marcas que hayan dejado en su enseñanza.

Introducción

Nos proponemos seguir la senda de una indicación freudiana: “Un intento de explotar consecuentemente una idea, por curiosidad de saber adónde lleva” (Freud, 1920, p. 24). Lo que optamos por explotar es el concepto de identificación, para hacernos de un cuarto con vistas al duelo y la melancolía. O al menos, eso es lo que creemos ver a través de la ventana.

No creemos estar mal orientados cuando Freud vincula la identificación al suceso melancólico, y decimos “suceso” por no hallar otro término que le sea más justo.

Lo que nos muestra el paisaje avistado no podía ser otra cosa que lo siguiente: más preguntas que respuestas. Intentaremos plantearlas. Intentaremos explotarlas. Y explotarlas hasta tal punto de resquebrajar la distinción entre melancolía y duelo.

Melancolía. Detrás nuestro, en el mismo cuarto, la nombró primero Pinel. Se dio cuenta que algo tenía que ver con el lazo. Esquirol le hizo eco. Kraepelin nos dice una cosa y después, a la sexta, dice otra. Freud se nos acercó y señala: “La ventana es la identificación”. Lo dijimos: desde ahí miramos.

Duelo. Una voz de mujer interroga: “¿Duelo?”. No se resignó; todavía habla.

Los fundamentos

Establecido el punto de mira, nos disponemos a marcar el fondo de la cuestión.

Hablar de melancolía nos retrotrae hasta Pinel (1809), en quien ya la hallamos consignada. En ese sitio lo era casi todo lo que había en la nosografía, que se completaba con la manía, la demencia y la obliteración de las facultades mentales.

Cuando indagaba la historia de los pacientes que tenía a su cargo, se enteraba de evidencias que hacían presentir algo: “Un joven no puede obtener la mano de una persona de la que está perdidamente enamorado, y ve sus ofertas rechazadas con desdén (...) termina cayendo en un verdadero delirio melancólico” (p. 384). Ya nos hablaba de un lazo: del vínculo con la amada y del anhelo de manos entrelazadas. El lazo que termina consiguiendo no es con una mujer, sino con el suceso melancólico.

Al término no se lo abandonó. La tradición hizo que fuera legado a Esquirol (1805), éste a Falret (1864), y en la perspectiva evolutiva falretiana, lo conservó Kraepelin (1883).

Lo curioso de esto último es el interrogante que nos abre respecto de la melancolía como entidad en sí misma, que en este escrito creemos menester plantear, pero sólo lo pretendemos abrir sin profundizar.

Desde la primera edición de su célebre *Compendio de psiquiatría* (1883), Kraepelin considera a la melancolía como una entidad nosológica en sí misma –así como también lo era la manía por su lado, y la inclusión de episodios maníacos y melancólicos alternantes con una fase intermedia de estabilidad en la locura circular falretiana¹ por el otro –. Pero al llegar a 1893, la influencia de Falret y de Kahlbaum comienzan a hacer mella en Kraepelin, quien adopta su criterio evolutivo “acentuando para el diagnóstico la presencia de síntomas nucleares y el estado terminal del cuadro” (Kraepelin, 2012, p. 42). Esto lleva a que en su sexta edición (Kraepelin, 1899) la melancolía deje de existir como complejo unipolar para ser integrada junto a la manía en el grupo de las locuras maniaco-depresivas, ya que su opinión en este punto de su obra es que “el acceso es siempre bipolar” (Bercherie, 1986, p. 113) y que es sólo cuestión de tiempo para que a un estado melancólico se le asocie uno maníaco en la vida de un enfermo.

Contemporáneo a Kraepelin, Freud no desatiende este asunto (Freud, 1915). Nos indica que de la melancolía es notable “su tendencia (...) a volverse del revés en la manía” (p. 250), aunque no afirma que ésto suceda en todos los casos: “Según se sabe, no toda melancolía tiene ese destino” (p. 250).

La manera ambigua en que la letra freudiana formula la cuestión nos permite elucubrar lo siguiente. El recurso al término “tendencia” para llamar a lo que haría a la melancolía volverse en una manía, nos impresiona por llevar adosada a ella la cualidad de la potencia. Solidaria con esta hipótesis –que, para decirla, es que la melancolía tiene la tendencia de volverse en una potencial manía–, es la afirmación que le sigue a continuación en el texto: que no obstante, y hasta donde se sabe, no toda melancolía efectiviza tal tendencia potencial. Y más aún, nos va a señalar en cierto pasaje que, de acuerdo a ciertas investigaciones que Freud califica como psicoanalíticas:

(...) la manía no tiene un contenido diverso de la melancolía, y ambas afecciones pugnan con el mismo ‘complejo’, al que el yo probablemente sucumbe en la melancolía, mientras que en la manía lo ha dominado o lo ha hecho a un lado (p. 251).

Con tal estado de argumentaciones, enunciamos la interrogación colateral que subyace y se nos impone: ¿es la melancolía unipolar? ¿O es sólo una contingencia su presentación?

La perspectiva freudiana: melancolía y duelo

Dejando de lado y abierta la *digressio* sobre las polaridades, retomamos el hilo principal de este escrito que es la melancolía abordada por Freud a partir del duelo, en un texto que nos deja más incertidumbres que certezas (Freud, 1915) –y cuyo esbozo es rastreado hasta el *Manuscrito G* (Freud, 1895)–.

Nos ofrece allí un cuadro comparativo entre duelo y melancolía para intentar –tan sólo intentar– decir qué es lo propio de cada uno, en lo que haría –lo remarcamos: lo que haría– a la diferencia. Lo curioso es cómo Freud utiliza distintos términos para referirse a las mismas cuestiones (Freud, 1915, pp. 242-243): desazón profundamente dolida y talante dolido; pérdida de interés por el mundo exterior y cancelación del interés por el mundo exterior; pérdida de la capacidad de escoger un nuevo objeto en reemplazo y pérdida de la capacidad de amar; extrañamiento de cualquier trabajo que no tenga que ver con la memoria del muerto e inhibición de toda productividad. Pero a la hora de hablar de lo diferencial, señala la siguiente distinción: mientras que en la melancolía habría una “rebaja del sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches” (p. 242), en el duelo habría algo completamente diferente y que sería una “inhibición” y “angostamiento del yo” (p. 242).

Más allá de las traiciones de la traducción, nos permitimos confiar en ésta y seguimos a Strachey quien nos comenta que por ocasiones Freud utiliza como equivalente al sí mismo y al yo (Freud, 1923a, p. 8). Teniendo eso en cuenta: ¿qué habría de diferente entre una rebaja y un angostamiento?

La línea demarcatoria entre lo uno y lo otro se nos muestra como difusa, y lo vemos a Freud intentar salvar la cuestión con un recurso cuantitativo y una endeble referencia tópica: “El melancólico nos muestra todavía algo que falta en el duelo: una *extraordinaria* rebaja de su sentimiento yoico, un *enorme* empobrecimiento del yo”² (Freud, 1915, p. 243). ¿A partir de qué marcar lo extraordinario y lo enorme? ¿Con referencia a qué?

La endeble salida tópica reza: “En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo” (p. 243). ¿Es tan así? Si en ambos casos hay rebajamientos o angostamientos del yo, y en ambos casos hay una cancelación o una pérdida del interés por el mundo exterior, ¿cómo discriminar según estos criterios el duelo de la melancolía?

Lo que si creemos cierto es que la distinción tópica –aunque endeble y cuestionable– le permitió a Freud separar lo uno de lo otro, razón por la cual, años después, dirá que lo distintivo de la melancolía es el conflicto entre el yo y el superyo (Freud, 1923b, p. 158).

Sobre la identificación

El mismo camino pantanoso de la distinción tópica se continúa cuando intenta deslindar duelo y melancolía a través de la identificación. Lo tópico ahora se mezcla con tintes económicos y se dibuja en términos de los reproches hacia el objeto que rebotan en el yo (Freud, 1915, p. 246). ¿Por qué rebotan en el yo? Freud nos dirá que la clave de este rebote se encuentra en el proceso de identificación.

En la melancolía, tras una afrenta real o un desengaño, y la conminación a abandonar un objeto, el resultado del trabajo que impulsaba a desasir la libido de tal objeto:

(...) no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo (...) la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado (p. 246).

Pero este proceso de la identificación no sería exclusivo del proceso melancólico, sino que se desliza también, al menos en la viñeta que nos ofrece en una oportunidad Freud, a las “mujeres que han tenido muchas experiencias amorosas [y en quienes]³ uno cree poder pesquisar fácilmente los saldos de sus investiduras de objeto” (Freud, 1923a, p. 31). En este punto cabría preguntarse si todas las mujeres son melancólicas en potencia –salvo accidente que nunca se vean obligadas a abandonar una investidura de objeto–, o si la identificación no se reduce únicamente al proceso melancólico, sino que se traslada también a todo duelo posible –si es que aún queremos sostener que hay duelo por un lado y hay melancolía por otro como cosas radicalmente distintas– e incluso si la identificación es un proceso estructural y estructurante del sujeto.

La respuesta a eso último está en Freud, y es: si, la identificación es estructural y estructurante del sujeto. Nos dirá en el mismo *El yo y el ello* que “es este un proceso muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y puede dar lugar a esta concepción: el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas” (p. 31); ya nos lo había dejado entrever cuando, años antes, había destacado su papel en el Edipo (Freud, 1921, p. 100), en su aspecto de inserción de un sujeto en una comunidad (p. 101), y en su sentido de metáfora en la formación del síntoma y su aspecto de propiciante o de destino de una elección de objeto (p. 100).

Sobre este último punto queremos detenernos un momento.

Freud nos mostrará que la identificación tiene una faceta propiciante cuando nos indica que se “conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p. 99). Y no sólo que es temprana

exteriorización de una ligazón afectiva, sino que luego también señala que esa identificación puede tornarse investidura de objeto, caso en el que la identificación “se convierte en la precursora de la ligazón de objeto” (p. 100).

Pero una vez investido un objeto, puede ocurrir también que el destino posterior de esa investidura sea una identificación, caso en el que “La identificación reemplaza a la elección de objeto” (p. 100), o “una investidura de objeto es relevada por una identificación” (Freud, 1923a, p. 30).

Ese último caso vendría a ser en el que se desata el duelo y la melancolía. Sobre esa trasmudación nos dice que el objeto es resignado y que “no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo” (p. 31). En este punto nos preguntamos: ¿es el objeto resignado, o se lo encara al proceso identificatorio con un talante resignado? Creemos que es más justo hablar de que la resignación va por parte del sujeto quien troca una investidura en el objeto por una identificación en el yo. De ello resulta imperioso preguntarse: ¿se lo resigna al objeto?

Llámeselo como se lo quiera llamar –duelo o melancolía–, lo que nos resulta más interesante, después de todo este recorrido, no es rotular con lo uno o con lo otro, sino de reconocer que, de lo que se trata en todo caso, es de identificación. El asunto central de esta cuestión es la identificación. Y si la identificación, ya sea en el duelo o en la melancolía, trata de que “un objeto perdido se vuelva a erigir en el yo” (p. 30), la idea de que lo que se resigna es el objeto, nos parece inapropiada. Más bien habría que reconocer que el sujeto doliente es quien se resigna a iniciar el proceso identificatorio.

Ahí el doliente está duelando, y una voz le dice: “¿Aún duelo?”. El sujeto todavía no la resignó –¿Lo hará alguna vez?–: todavía le habla.

Conclusiones

Para concluir rescatamos lo estructurante y estructural del proceso identificatorio, que nos llevó a cuestionar los límites del duelo y la melancolía, y a preferir hablar del proceso identificatorio subyacente antes que en esos términos nosológicos.

Si la noción de identificación ya se nos presentaba como compleja al referirse a cuestiones completamente distintas –tal como situábamos la caracterización de *Psicología de las masas*– del mismo modo el duelo y la melancolía se nos presentó como confuso en su demarcación.

Queda establecida la pregunta sobre las distinciones –que no sean tópicas ni económicas– entre duelo y melancolía, cuando en lo fenomenológico y en sus mecanismos vemos procesos similares. Pero creemos percibir a la identificación como lo que mejor nos permite cuestionar a estos procesos con nombres tan disimiles –ya no en sus diferencias, sino en sus semejanzas–, aunque también nos deje rastros de insuficiencia.

Del mismo modo, el abordaje de la cuestión desde la perspectiva de la identificación nos empujó a cuestionar la resignación en juego tras el examen de realidad y la conminación al desasimiento libidinal de un objeto: ¿hasta qué punto se puede decir que se resigna un objeto, si en el carácter metafórico de la identificación se lo erige en el yo, y se conserva de esta manera no sólo el objeto, sino también el lazo con él?

Puede que lo fenomenológico del talante dolido remita con el tiempo, lo cual no necesariamente significa que el objeto haya desaparecido, ni que el vínculo con éste se haya esfumado. Efectivamente, hasta todo lo contrario: puede que se eternice.

Puede que ya no duela, pero aún puede hablar. Y si ya no habla, se mudó al mutismo, pero habita aún el mismo cuarto, como diría Serrat, entre su almohada y su soledad⁴.

Notas ampliatorias

1. Sin desconocer la disputa existente entre Falret y Baillarger respecto al descubrimiento y formalización de tal cuadro (Buschiazzo, Roldan & Guidi, 2014), consideramos que Kraepelin sigue en esto al primero por inscribirse en la misma línea de pensamiento evolutiva que éste, y al optar por denominarla en su primera edición del *Compendio* (Kraepelin, 1883) como locura circular y no como locura a doble forma.

2. Las cursivas son nuestras.

3. Lo entre corchetes es nuestro.

4. Alusión a *Lucía*, una canción del cantautor español Joan Manuel Serrat, 1971.

Referencias bibliográficas

1. – Bercherie, P. (1986). *Los fundamentos de la clínica*. Buenos Aires: Manantial.
2. – Buschiazzo, D., Roldan, L., & Guidi, S. (2014). “Jules Gabriel François Baillarger y ‘La locura de doble forma’”. En: *Alcmeon, Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica*. Vol. 19, Nro. 1.
3. – Esquirol, JE. ([1805] 2012). “Las pasiones consideradas como causas, síntomas y medios curativos de la alienación mental”. En: *El nacimiento de la psiquiatría*. Buenos Aires: Polemos.
4. – Falret, JP. (1864) *Des maladies mentales et des asiles d’aliénés*. Paris: JB Baillièere et fils.
5. – Freud, S. ([1895] 2012). “Manuscrito G”. En: *Obras Completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
6. – Freud, S. ([1915] 2012). “Duelo y melancolía”. En: *Obras Completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
7. – Freud, S. ([1920] 2012). “Más allá del principio del placer”. En: *Obras completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
8. – Freud, S. ([1921] 2012). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En: *Obras Completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
9. – Freud, S. ([1923a] 2012). “El yo y el ello”. En: *Obras Completas*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
10. – Freud, S. ([1923b] 2012). “Neurosis y psicosis”. En: *Obras Completas*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
11. – Kraepelin, E. (1883). *Compendium der Psychiatrie*. Leipzig: Verlag von Ambr. Abel.
12. – Kraepelin, E. (1899). *Compendium der Psychiatrie*. Leipzig: Verlag von Ambr. Abel.
13. – Kraepelin, E. (2012). *Die Verrücktheit*. Buenos Aires: Salerno
14. – Pinel, P. ([1803] 2012). “Tratado médico – filosófico sobre la alienación mental”. En: *El nacimiento de la psiquiatría*. Buenos Aires: Polemos.